

Remordimientos Realidad Restauración



CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES

Remordimientos Realidad Restauración

Rev. Wayne Palmer

El Rev. Wayne Palmer se graduó en 1992 del Seminario Teológico Concordia de Ft. Wayne, Indiana. Luego de servir en dos parroquias en Missouri, fue editor teológico y escritor en Lutheran Hour Ministries. Actualmente sirve como editor en Concordia Publishing House.

El Rev. Palmer vive en St. Louis, Missouri, con su esposa Pam y su hijo Jacob.



© 2020 CPTLN

Todos los derechos reservados.

Cristo Para Todas Las Naciones es la división hispana de Lutheran Hour Ministries, un ministerio cristiano mundial cuya misión es *Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones a la iglesia.*

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea, Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.

INTRODUCCIÓN

Todos conocemos personas osadas, de temperamento fuerte, más rápidas para hablar que para escuchar.

Así era Pedro, uno de los seguidores de Jesús. Pero un día, su insensata arrogancia lo puso en una situación peligrosa.

La Biblia nos dice que Pedro había visto cómo los soldados arrestaban a Jesús, su Maestro. Si bien el resto de sus compañeros desaparecieron en la noche, Pedro siguió a Jesús, amparándose en las sombras, mientras lo llevaban a la casa del sumo sacerdote judío. Allí se estaba reuniendo un tribunal—por cierto ilegal—con el propósito de encontrar una manera de acusar a Jesús de un crimen merecedor de la pena de muerte.

Con la ayuda de su amigo Juan, cuya familia era conocida del sumo sacerdote, Pedro logró entrar al patio de la casa, y se quedó con los soldados esperando el resultado del juicio (ver Juan 18:15-16).

El fuego chisporroteaba y lanzaba llamas al aire, creando sombras amenazadoras y de mal agüero. Pedro sentía como que las paredes del patio lo encerraban. Se arriesgó a mirar de reojo a los guardias que estaban a su lado, calentándose alrededor del fuego. Unos minutos atrás le había parecido una buena idea esconderse entre ellos, hasta saber el resultado del juicio. Ahora hubiera deseado haber huido con los otros seguidores de Jesús.

De pronto, se sobresaltó al captar de reojo el resplandor de una luz—era el reflejo del fuego

en la espada que colgaba de la cintura de un soldado. Instintivamente tocó la espada prestada que tenía guardada en su vaina. Luego no pudo menos que respirar hondo, al darse cuenta que una joven sirvienta estaba aprovechando ese mismo reflejo para inspeccionar su rostro.

La joven se volvió a los otros, y les dijo: “Este hombre también estaba con él.”

Pedro lo negó con firmeza diciendo en voz alta, como para ahogar los latidos de su corazón: “Mujer, no le conozco.”

No habían pasado siquiera seis horas desde que Jesús, estando en el aposento alto, había predicho que esa noche todos sus discípulos le iban a abandonar. En aquel momento, Pedro lo había contradicho muy convencido: “Aunque todos te abandonen, yo nunca te abandonaré”, y también había prometido morir con Jesús. Sin embargo ahora, apenas unas horas después, estaba temblando frente a una humilde joven sirvienta.

Los guardias del templo comenzaron a fijarse en él. Cuando le preguntaron otra vez si conocía a Jesús, volvió a jurar que no conocía para nada a ese Jesús de Nazaret. Tal intercambio atrajo a más guardias todavía, como si fuera una trampa que cada vez lo iba acorralando más.

Pedro sentía que cada minuto que pasaba los guardias sospechaban más de él. Uno de ellos hizo un comentario con respecto a su acento: “Ciertamente tú también eres uno de ellos, porque tu acento te delata.” Sin pensarlo, Pedro juró que Dios le castigara si conocía a Jesús, diciendo: “No conozco a ese hombre.” En ese momento, el canto de un gallo atravesó

el cielo del amanecer. También atravesó el corazón de Pedro, al traer a su memoria las palabras de Jesús: “De cierto te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.”

De pronto hubo un movimiento entre la multitud que atrajo su atención. Un rostro se volvió, y le miró a los ojos. En un instante, la imagen de ese rostro se quedó grabada en la memoria de Pedro—un rostro que jamás habría de olvidar. Estaba magullado e hinchado por los golpes y bofetadas recibidos, cubierto con sangre, saliva y sudor—era el rostro de Jesús, a quien Pedro había traicionado.

Pero eran sus ojos incisivos los que perseguían a Pedro. Ojos llenos de dolor, pena y aflicción—pero cargados también con un intenso amor y preocupación. Las palabras resonaban en su mente: “... antes que el gallo cante, me negarás tres veces.” La visión del rostro de Jesús comenzó a nublarse con las lágrimas que llenaban los ojos de Pedro. Destrozado por el remordimiento salió del patio, sollozando amargamente.

REMORDIMIENTOS

¿Alguna vez se ha sentido así como Pedro se sintió esa noche? ¿Le persigue el recuerdo de la mirada destrozada de un ser querido? ¿Se le hace un nudo en el estómago cada vez que piensa cuánto defraudó al no cumplir o no prestar la debida atención a una responsabilidad que le habían confiado? ¿Se desvela en la mitad de la noche pensando en el daño que causó por no haber podido controlar sus palabras o acciones?

El remordimiento puede tomar diferentes formas, pero siempre queda sellado en lo profundo de nuestra memoria. Para Pedro fue el rostro de Jesús, y el canto del gallo cada mañana al despertarse no hacía más que recordárselo, trayéndoselo al presente.

David, el gran rey de Israel, también supo lo que era el remordimiento. Refiriéndose a él, escribió: “Mientras callé, mis huesos envejecieron, pues todo el día me quejaba. De día y de noche me hiciste padecer; mi lozanía se volvió aridez de verano” (Salmo 32:3-4).

Así es como la culpa nos va carcomiendo por dentro. El Rey David se estaba refiriendo al adulterio que había cometido con Betsabé, la esposa de uno de sus fieles soldados. David pensaba que nadie se iba a enterar de nada, hasta que ella le mandó decir que estaba embarazada. Ante tal noticia, David ordenó traer de urgencia de regreso del campo de batalla a su esposo Urías, con la intención que él se uniera a su hermosa esposa y luego creyera que el niño era suyo. Pero Urías era tan honesto, que rehusó hacer uso de todo confort mientras sus soldados corrían peligro en el frente de batalla.

Entonces el rey lo envió de vuelta al campo de batalla, con órdenes que causarían su muerte (ver 2 Samuel 11). Por fuera parecía que el plan deshonesto de David estaba dando resultado, pues nadie sabía lo que había hecho. Pero, en lo profundo de su alma, su conciencia culpable le atormentaba con remordimiento, quitándole el apetito y robándole el sueño de sus ojos. Es que los remordimientos pueden paralizarnos y quitarnos la confianza, la alegría, la esperanza y la responsabilidad. ¿Cómo podía David dirigir a sus

hombres en la guerra, cuando había traicionado a uno de ellos y lo había hecho matar en la batalla? ¿Cómo podemos decirles a nuestros hijos que no usen drogas, si nosotros fumamos marihuana cuando estamos con nuestros amigos? ¿Cómo podemos advertir acerca de las consecuencias de vivir en pareja antes del matrimonio, si nosotros también lo hicimos?

David encontró paz sólo cuando Dios envió un mensajero llamado Natán para que le expusiera y confrontara su pecado. Luego que el rey confesara abiertamente lo que había hecho, Natán le aseguró el perdón completo y gratuito de Dios, diciéndole: “El Señor ha perdonado tu pecado, y no vas a morir” (2 Samuel 12:13b). Por el resto de su vida David habría de aferrarse a esa promesa de su Dios, especialmente cuando la culpa y el remordimiento golpeaban a su puerta.

Pero, ¿cómo es posible que esa simple oración de Dios: “El Señor ha perdonado tu pecado”, remueva la culpa del adulterio y el asesinato? Porque ese perdón estaba basado en Jesucristo, el Hijo de Dios, quien habría de tomar todo el pecado y la culpa de David sobre sí mismo cuando el tribunal—el mismo tribunal que Pedro había estado mirando—lo condenó a la muerte. Jesús fue a la cruz a tomar el lugar de David, y también el lugar de cada uno de nosotros. Allí pagó el precio que Dios exigía por cada asesinato, cada acto de adulterio, cada crimen atroz y cada error que usted y yo cometemos. Su sacrificio liberó a David del miedo a la muerte y al infierno. Esa es la llave para lidiar con nuestros remordimientos: en la cruz de Jesucristo, todos nuestros pecados—y todas las consecuencias que de ellos surgen—son perdonados.

Pero muchos de nuestros fracasos se rehúsan a quedarse enterrados y olvidados, ¿no es cierto? Entonces, ¿qué hacer cuando las malas elecciones del pasado siguen apareciendo como recuerdos en el presente? ¿Y cómo se puede encontrar paz, cuando los errores del pasado dejan consecuencias que duran décadas—o incluso se repiten por generaciones?

REALIDAD

La culpa y el remordimiento no son algo fácil de poner a un lado, especialmente cuando vemos las consecuencias devastadoras de nuestras acciones. Estos efectos colaterales tienden a producir más culpa y remordimientos, y nos hacen cuestionar si es posible que Dios nos perdone por las elecciones que hicimos y que causaron tanto daño.

La primera consecuencia del adulterio de David fue la enfermedad y muerte del niño concebido con Betsabé. Lamentablemente, esa no fue la única consecuencia, pues el ejemplo de David causó un efecto devastador en sus hijos.

Un tiempo después Amnón, su primogénito, se enamoró de Tamar, su hermosa media hermana, hija de David con otra esposa. Loco de deseo, Amnón la acorraló en su cuarto. Ella le ofreció ser su esposa, y hasta le rogó que le pidiera permiso a su padre pero, en vez de ello, él optó por violarla. Pero muy pronto descubrió que su lujuria se había transformado en un profundo disgusto hacia ella, por lo que la echó y trabó la puerta.

Absalón, el hermano de Tamar, estaba furioso con Amnón por haber violado a su hermana,

y también con su padre David por no decir nada al respecto. Pero, en vez de reaccionar, alimentó su rencor durante dos años antes de vengar a su hermana. Finalmente, Absalón mató a Amnón a sangre fría, y luego huyó a otro reino para salvaguardar su vida. Años más tarde David finalmente le pidió que volviera, pero luego se rehusó a verle. Absalón comenzó a volver los corazones de los israelitas contra David. Luego usurpó su trono y trató de matarlo, obligando a David a huir por su vida.

David juntó al ejército fiel que había ido al exilio con él, y lo envió a la guerra contra Absalón y el ejército de Israel. El ejército de David venció, y Absalón resultó muerto en la batalla. Al oír la noticia de la muerte de su hijo, la culpa y el remordimiento de David volvieron a surgir, según lo expresan las siguientes palabras: “¡Hijo mío, Absalón! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Cómo quisiera yo haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío!” (2 Samuel 18:33b).

No hay dudas de que David estaba pensando en aquél momento, hacía mucho tiempo, cuando había espiado a esa hermosa mujer desde el techo de su palacio: ¡si sólo se hubiera dado vuelta...! Pero ahora Urías, el niño, Amnón y Absalón, todos estaban muertos, y su hija Tamar estaba destrozada.

Cuando enfrentamos las consecuencias catastróficas de nuestras acciones, y cuando nuestros pecados nos persiguen, puede parecer casi imposible perdonarnos a nosotros mismos. Dios nos perdona, y quizás hasta las personas contra las que pecamos o a las que lastimamos nos perdonen, pero, ¿perdonarnos a nosotros mismos? Y las consecuencias de nuestros errores sólo lo hacen más difícil: tiempo en

la cárcel; divorcio; hijos que no quieren saber nada de nosotros; inestabilidad económica; problemas de salud, etc.

El remordimiento utiliza todas esas circunstancias y consecuencias para tratar de hundirnos más y más, hasta que la desesperación nos hace dudar del amor y el perdón de Dios, y nos lleva al pozo de la miseria.

Para Pedro esa fue la peor parte. Jesús le había advertido que iba a negarle. Sin embargo, Pedro tenía tanta confianza en sí mismo, que ni siquiera había considerado esa posibilidad o visto la necesidad de pedirle a Dios que le diera fuerza. Apenas unas horas antes de que Pedro se encontrara en el patio de la casa del sumo sacerdote, cuando estaban en el aposento alto, Jesús había predicho que Pedro le iba a negar.

Es interesante notar que, en vez de llamarle “Pedro”, Jesús se dirigió a él por su nombre original: “Simón” (ver Lucas 22:31). Jesús le había dado el nombre Pedro (que significa ‘roca’) cuando Simón había confesado muy resueltamente que Jesús era “... el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16b). Pero ahora Jesús le llama Simón, porque esa fe firme y segura como una roca pronto habría de derretirse bajo la mirada de los guardias y la joven sirvienta.

Pero Jesús señaló algo mucho más siniestro que también estaba sucediendo—algo que Pedro desconocía por completo. “Simón, Simón, Satanás ha pedido sacudirlos a ustedes como si fueran trigo” (Lucas 22:31). ¡De eso se trataba! No eran sólo los guardias del templo o la joven sirvienta quienes amenazaban a Pedro. ¡Era el mismo Satanás!

Es significativo ver que el diablo pidió por Pedro, así como pide que usted y yo paguemos el castigo por nuestros pecados. El nombre "Satanás" significa "acusador", y esta es su principal forma de operar. El diablo nos tienta a pecar para así poder acusarnos luego delante de Dios y demandar el castigo por nuestros pecados. A través del remordimiento y la culpa, el diablo nos acusa en nuestro corazón para llevarnos a la incredulidad y la desesperación. Satanás no estaba satisfecho con dejar las negaciones de Pedro en el pasado, donde pertenecían, por lo que continuaba trayéndolas al presente, aumentando esos pecados con remordimiento, culpa y vergüenza. Satanás quería utilizar el remordimiento de Pedro para aniquilarlo y pulverizarlo. Entonces Simón sería como harina fina: fácil de ser llevado de un lado a otro por los vientos de la duda y la persecución, totalmente incapaz de ayudar a liderar la iglesia de Jesús del Nuevo Testamento.

Después de todo, ¿cómo iba a poder ser un líder de la iglesia de Cristo, si lo había negado después de haber jurado que su amor y devoción por Jesús era mayor que la de todos los demás? Lamentablemente, su orgullo y auto confianza habían sido destrozados por la acusación de una simple joven sirvienta.

Así es como Satanás usa la culpa y el remordimiento contra nosotros. Él trata de minar nuestras vidas para que nos sintamos incapaces de ser las personas exitosas e influyentes que Dios quiere que seamos. Quiere que nos aislemos de nuestra familia y amigos y nos encerremos en nosotros mismos. Quiere que nos arrastremos en el lodo de nuestro pecado, culpa, remordimiento y auto condenación.

RESTAURACIÓN

Pero, ¿cómo hacemos para vencer el poder paralizante del remordimiento? Por lo general, la restauración no es un proceso rápido ni automático. En el caso de Pedro, Jesús tuvo que poner las bases antes de que Pedro estuviera pronto para dejar de lado su culpa y recibir el perdón de Jesús, perdonándose a sí mismo. Recién entonces iba a estar listo para asumir el rol al cual Cristo lo había llamado.

Si bien por un lado Satanás había tratado de pulverizar a Pedro, por otro lado Jesús había dicho: "... pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe" (Lucas 22:32a). Y fue esa chispa de fe la que Satán estaba persiguiendo. Si lograba convencer a Pedro—como había logrado convencer a Judas—de que Dios jamás podría perdonarle el horrendo pecado que había cometido, si podía utilizar el remordimiento para apagar la fe de Pedro—entonces lograría ganar para sí un discípulo más de Jesús.

Si usted es un discípulo—seguidor—de Jesús, puede estar seguro que Satanás también está tratando de apartarle de Jesús, para ganarle para él. El diablo sabe que, si logra hacerle dudar del amor y el perdón de Jesús, usted nunca llegará a ser la persona plena que Dios creó—la persona que Jesús restauró a través de su sufrimiento y muerte en la cruz.

El remordimiento y la culpa pueden hacerle creer que quizás sea mejor para su familia y el mundo si usted no está más aquí. Pero eso no es más que una mentira del diablo. Lea el poderoso e inspirador mensaje de Pedro (ver Hechos 2), su revelación acerca del lugar que quienes no eran judíos tenían en la iglesia (ver

Hechos 10), y sus cartas de consuelo a los cristianos que estaban siendo perseguidos por su fe (ver 1 y 2 Pedro). Piense en cuántas personas, a través de todos estos siglos, han sido bendecidas por Dios al leer sus palabras, ¡y cómo nada de ello hubiera sucedido si Satanás hubiera triunfado en su intento de ganar a Pedro para sí!

Lamentablemente, el engaño del diablo sí tuvo resultado con Judas, otro discípulo de Jesús. Luego de traicionar a Jesús, Judas estaba tan lleno de culpa, remordimiento y arrepentimiento, que no vio otra salida que quitarse la vida. Pero, ¿qué habría pasado si hubiera esperado dos días más, hasta que Jesús resucitó? Seguramente el Señor le habría restaurado, así como lo restauró a Pedro, y la iglesia podría contar otra historia más de perdón y restauración.

Para vencer el tremendo poder del remordimiento de Pedro, Jesús eligió dos circunstancias especiales. La primera ocurrió el mismo día que resucitó de la muerte. Ese día, el Señor hizo una visita personal especial a Pedro (ver Lucas 24:34; 1 Corintios 15:5). Este encuentro entre Pedro y Jesús fue tan personal y privado, que los detalles no fueron incluidos en la Biblia, sino que permanecieron sólo entre ellos dos.

Pero el Jesús resucitado se apareció una segunda vez, cuando los discípulos habían regresado de Jerusalén a la región de Galilea, en el norte. Luego de compartir con ellos el desayuno, Jesús tuvo una conversación extraordinaria con Pedro—una conversación que Juan registró para nosotros: “Cuando terminaron de comer, Jesús le dijo a Simón

Pedro: ‘Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?’ Le respondió: ‘Sí, Señor; tú sabes que te quiero.’” (Juan 21:15).

Una vez más, Jesús lo llama Simón, y no Pedro. Es como si lo estuviera llevando de vuelta a aquél momento en el aposento alto donde Pedro estaba tan seguro de su propia fortaleza, que hasta aseguró que su amor era mayor que el de todos los otros discípulos: “Aunque todos se escandalicen, yo no lo haré” (Marcos 14:29b).

En la narración de Juan 21:15-17, Jesús le pregunta a Pedro si todavía piensa que su amor por el Señor es mayor que el de sus compañeros discípulos. La palabra griega que utiliza para amor, es ágape, que representa al amor por excelencia—un amor comprometido, desinteresado, devoto, y que nunca falla, más allá de las circunstancias. Jesús le está preguntando: “¿Todavía sientes lo mismo, Pedro? ¿Estás seguro que todavía me amas? ¿Me amas más que éstos?”

Pedro le responde: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.”

Si Pedro hubiera utilizado la misma palabra griega ágape que Jesús había usado, habría demostrado que no había aprendido nada. Sin embargo, al responder eligió la palabra griega filios, que significa amor filial, el amor que se tiene entre amigos. Pedro ha aprendido la lección. Ya no tiene más la audacia de decir que tiene la fortaleza necesaria para no caer de la fe, sino que le asegura a Jesús que le quiere con el amor genuino de un amigo querido.

Jesús le responde: “Apacienta mis corderos.” Esto significa, cuidar de su rebaño. De esta

manera, Jesús comienza a restaurar y restituir a Pedro, preparándolo para su futuro ministerio de enseñanza de la obra de salvación de Dios a toda la humanidad.

Pero Jesús sabe que el remordimiento no es algo fácil de superar, por lo que le pregunta a Pedro por segunda vez: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Una vez más, Jesús utiliza la palabra *ágape*, refiriéndose al amor incondicional. Pedro le responde: “Sí, Señor; tú sabes que te quiero”, utilizando nuevamente la palabra griega *filos*. De ninguna forma Pedro puede hacer suyo el amor *ágape* de Dios.

Y, por segunda vez, Jesús le repite el mismo encargo restaurador: “Pastorea mis ovejas.” La primera vez, Jesús se refirió a sus seguidores como corderos, o sea, ovejas jóvenes. Ahora expande el encargo que le hace para incluir a todos los creyentes, sin importar su edad.

Pero el remordimiento es un verdugo implacable. Tres veces Pedro negó conocer a Jesús, por lo que ahora Jesús le da una tercera chance de profesar su amor, preguntándole por última vez: “Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres?” Pedro se entristeció de que la tercera vez le dijera: “¿Me quieres?”

A primera vista podríamos deducir que la tristeza de Pedro se debió a la insistencia (¿incredulidad?) de Jesús de preguntarle tres veces lo mismo. Pero si nos fijamos bien, vemos que la tercera vez Jesús bajó sus expectativas y utilizó la misma palabra que Pedro había utilizado: *filos* en vez de *ágape*. En otras palabras, Jesús le estaba preguntando a Pedro: ‘¿Me quieres como a un amigo?’

La pregunta de Jesús bien pudo haber sacudido el pensamiento de Pedro—haciendo eco de sus propios pensamientos atormentados: ‘¿Me quieres como a un amigo?’ Sin lugar a dudas el pescador no se había comportado como un amigo en el patio de la casa del sumo sacerdote al distanciarse de Jesús y poner a Dios como testigo y juez de que no le conocía. Y ahora estaba allí, delante de él, expuesto y con toda su culpa. En medio de todo su remordimiento y vergüenza, Pedro mostró que esa chispa de fe todavía estaba viva en su corazón destrozado, al decirle a Jesús: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.”

Una vez más, Pedro utiliza el término griego *filos*, que representa al amor que se tiene entre amigos. Pero esta vez apela al conocimiento divino de Jesús. El glorioso Hijo de Dios sabe lo que hay en el corazón de Pedro—incluso si Pedro no logró comunicarlo con sus palabras y obras esa oscura noche en el patio de la casa del sumo sacerdote.

Jesús le dijo: “Apacienta mis ovejas.”

Por tercera, y última vez, Jesús restaura a Pedro, dándole el encargo de enseñar a sus seguidores, tanto jóvenes como ancianos. Luego, Jesús hace una predicción con respecto a Pedro, diciendo: “De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te vestías e ibas a donde querías; pero cuando ya seas viejo, extenderás tus manos y te vestirá otro, y te llevará a donde no quieras.” Jesús dijo esto, para dar a entender con qué muerte glorificaría a Dios. Y dicho esto, añadió: ‘Sígueme’” (Juan 21:18-19).

Cuando estaban en el aposento alto, Pedro había dicho él moriría antes de negar a Jesús. Jesús le había contestado con una oración: “Yo he rogado por ti, para que no te falte la fe” (Lucas 22:32a). Esa oración de Jesús es lo que va a mantener a Pedro en la fe cada vez que es arrestado en el futuro, y luego asesinado. Otra vez Pedro tendrá la oportunidad de negar y renunciar a Jesús de Nazaret, pero su fe nunca más volverá a fallar. Al contrario, cada vez confesará valientemente a su Salvador y, al final, glorificará a Dios muriendo en una cruz por causa de Jesús.

Jesús le dio a Pedro lo que necesitaba: la certeza de que él le proveería toda la fortaleza que le iba a hacer falta para mantenerse firme en la fe. Esa misma promesa nos la hace también a nosotros, a usted y a mí, al restaurarnos de los pecados y errores que lamentamos, y darnos fuerza para servirle a través de nuestra fidelidad y servicio a nuestra familia, amigos y vecinos.

El diablo trata de utilizar nuestra aflicción, culpa y remordimiento para destruirnos, porque quiere que nos sintamos indignos del amor y el perdón de Cristo, y hace lo imposible por mantenernos alejados de congregarnos con otros creyentes, donde somos reafirmados de la aceptación y la paz de Dios.

El apóstol Juan, amigo íntimo de Jesús y de Pedro, escribió: “Pues si nuestro corazón nos reprende, Dios es mayor que nuestro corazón, y él sabe todas las cosas” (1 Juan 3:20).

La voluntad de Dios no es que nos revolquemos en el remordimiento. Eso es lo que el diablo quiere. Esa es la piedra de molino con la cual

quiere destruirnos, aniquilando nuestra fe. Como lo hizo con Judas, el diablo quiere que dudemos del amor de Dios y del poder del sacrificio de Jesús—la sangre que derramó en la cruz para pagar el precio por ese pecado que tan profundamente lamentamos.

Jesús tenía planes para Pedro. Luego de reafirmarle su perdón y paz, el Señor le prometió: “Y tú, cuando hayas vuelto, deberás confirmar a tus hermanos” (Lucas 22:32b). Pedro habría de llevar el perdón que había recibido de Jesús, y compartirlo con otros cristianos que también habían pecado. Cuando alguien se le acercara con el corazón abatido por la culpa y el remordimiento, Pedro le podría hablar de sus propias negaciones, y de cómo Jesús se las había perdonado.

A veces la voz de la culpa y el remordimiento es tan fuerte, que ahoga toda otra voz. Cuando la auto-condenación llene su mente, recuerde que la voz de Dios habla con claridad e irreversibilidad: “Vengan ahora, y pongamos las cosas en claro. Si sus pecados son como la grana, se pondrán blancos como la nieve. Si son rojos como el carmesí, se pondrán blancos como la lana” (Isaías 1:18).

La Biblia a menudo habla del pecado como algo negro. ¿Por qué cambia aquí el color a rojo? ¿Será porque el rojo nos hace pensar en la sangre? Aun cuando usted haya derramado la sangre de otra persona—causándole la muerte—el sacrificio de Jesús en la cruz puede lavar esa culpa y hacerle puro y santo ante los ojos de Dios. Así como le hizo puro y santo a Pedro, liberándole de la culpa y el remordimiento para convertirle en un poderoso líder de la primera iglesia cristiana, la obra de

salvación de Jesús le traerá libertad también a su vida.

Muy acertadamente, Pedro escribe: “Descarguen en él todas sus angustias, porque él tiene cuidado de ustedes” (1 Pedro 5:7).



CRISTO PARA TODAS
LAS NACIONES

Para hacernos llegar tus comentarios
o recibir información sobre otros materiales,
comunícate con nosotros a:

tel.: **1-800-972-5442**

e-mail: **camino@lhm.org**

web: **www.paraelcamino.com**

LHM

660 Mason Ridge Center Dr.

St. Louis, MO 63141-8557

Impreso en EE.UU.



Remordimientos. ¿Quién no carga alguno en su memoria? El remordimiento por algo que hicimos—o dejamos de hacer—a veces pesa tanto en nuestra conciencia, que hasta nos cambia la vida. Si no hacemos algo al respecto, el remordimiento erosiona nuestra auto-estima, nuestro deseo de seguir adelante, e incluso nuestra habilidad de pensar claramente. Todo lo vemos a través de los ojos de la culpa, del dolor que hemos causado, de las vidas que hemos arruinado o alterado con nuestros tontos errores.

Si bien la restauración no se logra con un simple acto de voluntad y pensamientos positivos, nuestro pasado no tiene por qué dictar ni el presente ni el futuro. Cuando nos volvemos a Aquél que ha cargado todas nuestras penas, aflicciones, ansiedades, equivocaciones y maldades a la cruz, podemos superar esa angustia y dolor devastadores que nuestras malas decisiones causaron.



660 Mason Ridge Center Drive, St. Louis, MO 63141-8557
1-800-972-5442